es necesario desarrollar su alma; y en apareciendo esta busca á su Dios, volviendo otra vez á la tan despreciada religion. Solo la idea de Dios hace al hombre completo.

Tal es en resúmen el plan de estos estudios. Los dirigiremos á las madres, no porque confien sus principios á la memoria de sus hijos, sino para que se los impriman generosa y profundamente en el alma; su mision no es enseñar, sino influir: las mujeres no nos hacen sabios, sino que nos inspiran y nos dirigen. En el seno de la familia recibe el niño cierto número de ideas propias de su siglo, de su nacion y del rango que ocupa en ella. Estas ideas son mas ó ménos elevadas, mas ó ménos verdaderas; unas expresan pasiones políticas ó religiosas, otras no son mas que preocupaciones, supersticiones: no importa! metido en aquella atmósfera se impregna de ellas; se transforma en todo lo que ve, en todo lo que oye, realista ó jacobino, fanático ó ateo: como en otro tiempo Armagnac ó Bourguignon, Navarro ó de la Liga. Las impresiones de su niñez, la pasion por un partido, por un interes, jamas por la verdad.

¿No veis ahí el orígen de nuestros errores? ¿Y no veis que podria ser el orígen de nuestras verdades? Al seno pues de la familia debe llevarse la educacion. En ella ha de aparecernos la verdad, como el deber en Esparta, la patria en Roma. La verdad es el móvil de las naciones modernas, á la cual está prometido el mundo entero; y si del amor de la patria se han visto salir pueblos de héroes, de este amor mas vasto y mas sublime se verá salir la civilizacion del linaje humano.

CAPÍTULO XIII.

DE LA ABUELA.

Las mujeres que comprenden bien sus derechos y sus deberes como madres de familia, no tienen sin duda motivo de quejarse de su destino. Si hay desigualdad en los medios de felicidad concedidos á los dos sexos, es en favor de las mujeres.

(Madama SIREY, *la Madre de familia*, t. I, p. 129.)

La madre que vive en sus hijos y nietos tiene en la especie humana el feliz privilegio de no sentir el dolor que causa envejecer.

(Madama SIREY, *la Madre de Familia*, t. I, p. 155.)

EDUCAMOS á las mujeres por medio del entendimiento; y debiéramos hacerlo por medio del corazon, porque las mujeres no saben bien sino lo que el corazon les enseña. De ahí las virtudes mas elevadas, los mas profundos desvíos. Si ilustrásemos su corazon, no habria mas que virtudes: y tendríamos ángeles en vez de mujeres.

Y efectivamente á este vicio de la educacion debemos atribuir las mayores desdichas de la mujer. La ternura maternal, por ejemplo, está llena de decepciones, cuyo único orígen es el egoismo y que no dejamos de atribuir al amor. Ilustrad el alma de esa pobre madre, y haréis salir sus mas gratas satisfacciones del mismo sentimiento que la corroe.

Cuando la mujer envejece, desaparecen los obsequios que se le prodigaran; pero tiene hijos; los cuida, los educa, y su alma se regocija al fuego de estas tiernas almas que nacen para amarla. Con todo llega una hora marcada por la naturaleza y por el Evangelio, en que los hijos han de dejar á su madre, el hijo para recibir á su mujer, la hija para seguir á su marido. El nido maternal es demasiado reducido, los pájaros echan á volar, la nidada se dispersa; el águila necesita otras rocas, la paloma otros palomares, todos otros amores. Entónces es cuando la pobre madre atacada de un mal extraño, ve concluida su tarea, ve su aislamiento, el vacío en el porvenir, y no sabe qué hacerse de la vida. Este es un mal profundo, y que sin embargo no han notado aun los moralistas! Este sentimiento que la devora y que no tiene nombre, este sentimiento que la entristece al ver á su hija dichosa por una felicidad que no procede de ella, no puede ser efecto de celos, ni de egoismo, ni el sentimiento de lo pasado, y no obstante presenta las apariencias de todo ello. En los salones de Paris resuena todavía la historia de Madama de Bal...., mujer devota y caritativa, brillante con las gracias de la segunda juventud, mujer interesante, que se metió en un convento para no ser testigo de la felicidad de sus dos hijas, cuya educacion ella misma habia dirigido. « ¿Y porqué, decia, unos extranjeros me quitan el cariño de mis hijas? ¡Cuatro dias de delirio bastan para borrar veinte años de desprendimiento y de ternura! Me dejan sola, y mis hijas me olvidan, y el mundo se rie de mis sufrimientos, yo misma no me atrevo á interrogarme. Mis sentimientos me espantan, se parecen á la envidia. ¿Tendria tal vez celos del corazon de mis hijas? » Triste pregunta que podrian hacerse casi todas las madres en la hora fatal en que un marido las

separa de sus hijas. Dejemos que las almas indiferentes acusen la naturaleza de una monstruosidad que es absolutamente un efecto de nuestra mala educacion. Hemos indicado el mal, fuerza será que busquemos el remedio. El mal consiste en creer que queda terminada la mision de la madre, cuando un extraño le quita los cuidados de su hija; el remedio es el descubrimiento de la verdadera mision de la abuela, es decir de todas las satisfacciones que puede producir, de todo el bien que puede hacer.

Es harto cierto que el matrimonio afloja, á lo ménos en apariencia, los vínculos tan suaves que unen para siempre la madre á la hija: pero ¿el medio para que no sea así? ¡Pobres madres! ántes de acusar á la naturaleza, examinad lo que habeis hecho para preparar una revolucion tan completa en la existencia de esa débil criatura! Ayer era todavía una niña tímida, que se alimentaba del pensamiento de su madre; hoy es una mujer que hace feliz á otro, y cuyos caprichos diviniza el amor. Cuando niña, obedecia; mujer ahora, dispone; y en el paso rápido de la inocencia á la voluptuosidad, de la sumision al dominio, ¿os admirais que la vanidad, el delirio de los sentidos, el orgullo, y mas que todo el amor hayan producido su efecto?

Pero este mal que deplorais y que hubiera sido fácil evitar, no es mas que una efervescencia fugitiva. No tardará la madre en volver á hallar á su hija; la hallará feliz ó desdichada, no importa, la hallará para consolarla, ilustrarla y amarla: el consuelo y el amor son la vida del corazon materno.

Así, pues, la madre léjos de transformarse en un ser inútil y pasivo, despues del matrimonio de sus hijos, se convierte en un ángel tutelar de su nueva familia. Ignorando los atractivos que le quedan, libre del cuidado de su casa, no teniendo ya por nada el

mundo, ni sus vanidades, vuelve á hallarse en el seno de los suyos, á quienes prodiga los tesoros de su experiencia. Solo ella sabe unir la atencion al cuidado y la gracia á la prevision; solo ella posee una bondad que nada es capaz de agotar, y aquel tacto exquisito que procede del amor y que sabe comprender ó adivinar todos los dolores. Vedla al lado de su hija en los primeros meses de su preñez, vedla como sabe preveer todos los accidentes que la amenazan, sus incomodidades, sus inapetencias, sus hastíos. ¡Qué tiernas confidencias!.... ¡qué consuelos! ¡qué cuidados cuya oportunidad solo ella es capaz de atinar! Empiezan los dolores que ahuyentan al jóven esposo, y que atan la madre á la cama de su hija. Allí hay otra mujer que espera al recien nacido y que lo manosea con indiferencia; esta es una guarda que hace su deber. Pero la abuela ¡con qué satisfaccion recibe á la inocente criatura sin que acierte á apartar de ella los ojos, cómo la calienta con su amor! ¡Oh! esta es dos veces madre, esta ha vuelto á hallar las emociones de su juventud, y los goces de la maternidad. Miradla enternecida, ocupada, conmovida; y contemplando el sueño del recien nacido, entiende sus menores vagidos, sabe preveer todas sus necesidades ó adivinar todos sus instintos. La jóven madre abatida, pesarosa, inexperta, no se atreve apénas á tocar esta débil criatura: pero cuando la abuela se levanta, brillando de placer; cuando arrima al niño al seno materno, y que suspendiéndolo de aquella fuente de vida, reconduce al pié del lecho del dolor á un marido perdido de miedo, de orgullo y de ternura; cuando bella por su alegría en medio de tan admirable grupo y en la plenitud de un sentimiento materno que acaba de duplicarse, derrama entre esos tres seres los tesoros de sus bendiciones; ¡oh! olvídanse entónces todos sus dolores,

y como en los primeros dias del mundo la familia prospera y se multiplica á la vista de Dios. Tras esto vienen los cuidados físicos, tan necesarios á la salud de la madre como á la vida del niño: mision de prudencia y de cuidado que requiere una gran experiencia, ayudada de mucho amor y que una mujer jóven no puede aprender sino de su madre.

Por ejemplo, no hay una mujer que al pié de la cuna de su niño no se sobresalte ni inquiete. El mas leve accidente le da calentura, el mas pequeño grito la espanta: oidla, está contando una historia lamentable, y en la vivacidad de sus agonías se aniquila sin consuelo para sí propia y sin utilidad para su hijo. No sucede así con la abuela: esta se espanta ménos, porque tiene mas experiencia; conoce los síntomas, sabe algun secreto para calmarlos, es paciente, sabe esperar; y es un hecho digno de atencion que en todos los males de la infancia la naturaleza llama mucho mas nuestra paciencia, que otros remedios. La paciencia es el verdadero médico de la niñez.

Pongamos otro ejemplo. Sucede á veces que los dolores de la lactancia inspiran á la madre una repugnancia en dar el pecho á su hijo. Creemos poder suplir las necesidades del niño por medio de bebidas, despues le tomamos medio saciado, lo que es causa de que coja el pezon con ménos ardor y que su accion cause dolores mas agudos á la madre. Viene al momento á su auxilio la experiencia de la abuela, la cual dice á su hija que la leche es el mas cruel enemigo de las mujeres, que los medios artificiales inventados para vaciar el pecho, son insuficientes, arriesgados, y dejan en pos de sí males interminables; le dice que la leche atormenta á la madre, á fin de inducirla á darle el pecho con frecuencia, que el niño no tarda en hacer la digestion para obligarla á renovar con frecuencia su alimento: admirable

armonía que quiere que las necesidades del hijo sean la salud de su madre, y que la salud de la madre sea la prosperidad del hijo! En fin, le enseña que la felicidad consiste en el cumplimiento de sus deberes, y de todas sus lecciones resulta esta gran leccion : que tanto la experiencia como la virtud nos reconducen siempre á la naturaleza.

Tal es la mision casi divina de la abuela. Para que pudiesen cumplir esta mision dotó Dios á las mujeres, despues de la edad crítica, de tanto valor, de tanta sensibilidad. Cuanto mas desgraciada es una mujer que pierde las gracias de la hermosura, cuando cargada de adornos corre detras de los vanos homenajes que le escapan, tanto mas nos encanta, cuando bella aun, se nos presenta rodeada de sus hijos y de sus nietezuelos. Así la mujer entre los cuarenta y cinco y sesenta años léjos de marchitarse en el abandono, viene á ser el alma de una sociedad nueva, no teniendo mas sentimiento que el de no poder multiplicarse mas.

Cuantas mas hijas tiene, mas agradable es su vida : cada nueva familia la reclama y halla el mayor placer en tenerla consigo, porque á cualquiera parte que vaya lleva siempre en pos de sí la fuerza moral y el mas tierno consuelo. Así es como las familias, fieles á las leyes de la naturaleza, hallan en sí mismas sus placeres, su gloria, su instruccion y su apoyo. Todo se encadena en el mundo moral, como en el mundo físico; y la abuela, no solo es la alegría de la niñez, sino tambien su directora : ella hace que las niñas se parezcan á sus madres, y que los hijos lleven á la casa conyugal las virtudes que han visto practicar en el techo materno.

Cuando al inmortal Richardson se le ocurrió trazar en el carácter de Enriqueta Biron el tipo ideal de la mujer perfecta, le dió por instructora á su abuela, madama Sherley, notando sin embargo que la madre de miss Biron difunta habia sido una excelente mujer. Este genio admirable quiso por tal medio hacernos conocer que la abuela es una segunda madre, y que su influencia vivificadora puede extenderse á dos generaciones sucesivas. Y á propósito nos acordamos haber oido decir á madama Campan, que de todas las niñas confiadas á su cuidado, la mejor educada lo habia sido por su abuela. No es que esta amable niña, que apénas llegaria á los once años, tuviese mucha instruccion, sabia leer y escribir, pero descollaba por su tierna devocion el órden, la sumision, la obediencia mas atenta y la dulzura, que, si no es la primera virtud de la mujer, es tal vez el mas poderoso medio para su felicidad. Ciertamente no entra en nuestro proyecto sentar que la educacion dada por la abuela sea mejor que la dada por la madre, pero si no es mejor, puede reemplazarla, inspirarla, y dirigirla en todos los cuidados que requieren sucesivamente la infancia y la juventud : cuidados deliciosos que evitan los riesgos y conducen á la virtud por el camino del placer y del ejemplo : cuidados agradables que todas las mujeres entienden, y cuyos hechizos ni es dado al hombre conocer ni atinar con sus dulces secretos. No entraremos en pormenores sobre esta parte de la educacion, porque está ya agotada por otros; pero no dejaremos jamas de repetir que no hay sobre la tierra cosa mas fuerte, mas desinteresada, ni mas ardiente que el corazon de una mujer, que el corazon de una madre; que puede resistirlo todo, ménos verse reducida á la impotencia y al olvido, al aislamiento, al abandono y á la indiferencia.

De todo ello pues debemos concluir : 1º. que las mujeres no son desgraciadas en su vejez, sino porque ignoran su doble mision de madre y abuela;

2º. que la sociedad, minada hoy hasta sus fundamentos, no puede restablecerse sino por medio de la familia, y que la familia no puede moralizarse sino por medio de la influencia de la madre.

CAPÍTULO XIV.

DE LA EDUCACION FÍSICA DE LOS NIÑOS Y DE SUS PROGRESOS.

Admira ver cuan solícito se muestra Platon en sus leyes por la diversion y pasatiempos de la juventud, y como se detiene en sus corridas, en sus juegos, en sus canciones, sus saltos y danzas; cuya direccion y patronazgo dice que confiara la antigüedad á los dioses mismos.

(MONTAIGNE, *Ensayos*, lib. I, c. 25.)

Tan nueva es la moral en Europa, que hasta el dia los gobiernos no han sabido que hubiesen de proteger á los niños.

(BERNARDIN DE SAINT-PIERRE, *Discurso sobre la educacion de las mujeres.*)

En el momento de empezar la educacion de las madres de familia, veo agitarse su solicitud: preguntan qué instruccion destino á sus hijos, y por quién habrán de recibir esta instruccion. ¿Los llevarán al colegio? ¿Se les enseñarán las lenguas griega y latina, la química y las matemáticas? ¿Seguirán los métodos antiguos ó los métodos modernos? En la actual situacion de los espíritus, todo es arriesgado,

la ignorancia como la ciencia, la aspereza de los maestros, como la suavidad de los principios; todo hasta la libertad de la enseñanza que amenaza introducir en las escuelas las doctrinas violentas que dividen la sociedad.

Antes de responder á estas cuestiones, á las cuales contestaremos al final de esta obra, es necesario exponer los cambios que se han ido á un tiempo realizando, tanto en la disciplina de las familias, como en la disciplina de los colegios. Nuestra revolucion, hablo de la primera, no ha sido ménos favorable á la felicidad material de los niños, que á la felicidad material de los pueblos. No distan mucho de nosotros los tiempos en que la severidad de los padres alentaba la severidad de los maestros: los ojos de un pobre estudiante no hallaban jamas sino frentes sañudas, y manos armadas de látigos. En todas partes el abuso de la fuerza, y el olvido de la humanidad. Se aplicaban á la educacion todas las formas de los gobiernos despóticos, hasta los castigos infamantes. Los colegios tenian azotadores á título de oficio, llegando de este modo á introducirse el verdugo hasta en las clases de los niños de primera edad.

Pero en el dia todo ha cambiado: ya no se ven en las escuelas colgadas las varas. Los donativos de los soberanos (1) no sirven ya para renovar los instrumentos de tortura. Ya no se oyen, como en el tiempo de Montaigne, los gritos de los niños castigados por maestros ciegos de cólera. El látigo, el hambre, las privaciones no son ya los poderes morales de la educacion, y los maestros, escogidos en fin entre los padres de familia, han renunciado en los colegios á tra-

(1) Habiéndose Luis XI hecho inscribir en la cabeza de los bolseros del colegio de Navarra, el precio de su bolsa era destinado á la compra de varas para castigo de los estudiantes. (Véase Coquille, *Historia de Nivernais*, pág. 159.)

tar á nuestros hijos, á unas almas tan tiernas y tan tímidas, como se trataba á los criminales en la plaza pública.

El orígen de estas reformas se halla entero en las reformas de la vida doméstica. A medida que desaparecia la severidad paternal, iba desconociéndose la crueldad escolástica. En nuestro nuevo régimen el poder tiránico de los padres ha ido en disminucion, como el de los reyes del cual era una imágen; habiendo ganado en felicidad, cuanto hemos perdido en despotismo. En otro tiempo los padres vivian privados por largo tiempo de la vista de sus hijos; luego, cuando despues de años de ausencia volvian á la casa paterna, repugnaban á sus padres, que no veian en ellos sino la grosería de sus nodrizas. Ignorando todos los atractivos de la inocencia, el hombre se creia obligado á comprimir su familia por medio del castigo y la severidad. No se atrevia á presentarse ni bueno ni amable, temeroso de echarlo á perder: sofocando de este modo con la aspereza la dulzura del amor. Pero ¿cómo presentar una frente sañuda á un niño que juguetea en el seno de su madre? ¿Cómo exigir una obediencia servil, una fria urbanidad de una amable y linda criatura que, haciéndonos admirar cada dia sus gracias, nos habitúa á temer sus lágrimas, y á estimar sus caricias? Pues bien, ¡los maridos han dejado de ser déspotas! ¡los reyes de ser absolutos! ¡y los padres se dignan amar á sus hijos! ¿Y hay por ventura en esto una gran desgracia? Todas las formas austeras van desapareciendo, y hallamos en su lugar en todas partes los juegos, la risa, los cantares y el amor.

¿Quereis gozar de todos los encantos de tan agradable espectáculo? Entrad en el jardin de las Tullerías un dia de verano, á la hora en que el sol y la sombra, cayendo de la copa de los árboles, adorna

el suelo con una luz dorada, y con el fino calado de las hojas. Los elegantes pisan apénas esta alfombra aérea; ignorando que al mediodía bajo sus bóvedas centelleantes puede gozarse de la sombra y del fresco. De tanto en tanto se divisa alguno que otro paseante solitario, que se escurre y se pierde en la infinidad de avenidas. Pero vense por todos lados grupos de muchachos vestidos en trajes los mas graciosos y cómodos: robustos niños, tiernas niñas con pantalones, con blusas, con trajes anchos y cortos, con cinturones flotantes de todos colores, corriendo, bailando, cantando con aquellas gracias vivas é ingenuas que son exclusivas de su edad. Graciosas criaturas llenan con su alegría las prolongadas calles de árboles, en donde aparecen al lado de sus madres como sombras felices bajo la luz de los Campos Elíseos.

¡Ah! ¡gozad de tan deliciosos momentos! ¡Son propiedad vuestra! Buenas madres, providencia de vuestros caros hijos, dejad que la benéfica naturaleza desarrolle sus miembros delicados; no tardarán otros en adornar su espíritu y cultivar su inteligencia: pero á vosotras, á vosotras exclusivamente toca amarlos para el mundo que ya los llama. Bajo esas frescas sombras ¿oís un murmullo prolongado, que se parece al bramar lejano del Océano? es el ruido sordo de la ciudad, es su voz que os amenaza. ¡Ah! ¡pobres niños! apénas habrán acabado de salir de estos jardines dentro unos dias, irán á perderse para siempre entre esas tempestades cuyo formidable ruido llega á vuestros oidos!